Desarrollo histórico.

Aunque no sería descabellado pensar que la raíz del castro de Yecla estuviera en la Edad de Bronce, los testimonios más antiguos y de cierta entidad no pueden remontarse más allá de los inicios de la segunda Edad del Hierro, en torno al 500 a. de J.C. En efecto, en la base del yacimiento se ha documentado un parco pero expresivo conjunto de cerámicas a mano decoradas con peine que, sin dificultad alguna, puede llevarse a aquellos lejanos siglos. Más adelante, el castro –que cabe atribuir a los **vettones** históricos– se celtiberiza intensamente. Tal proceso tiene lugar a partir del siglo III a. de J. C. y bajo el punto de vista arqueológico se identifica por la generalización de numerosas piezas de hierro –armas e instrumentos utilitarios– y sobre todo por la paulatina presencia de una producción cerámica de tipo industrial, torneada, de color rojizo, que frecuentemente ostenta decoración pintada en negro, a base de motivos geométricos, entre los que son famosos los semicírculos concéntricos.

Los primeros vestigios de época romana son de comienzos del siglo I de la Era, destacando entre ellos un término augustal que marca límites entre los **(mi)robrigenses** –habitantes de **Mirobriga**, tradicionalmente situada en Ciudad Rodrigo– y los **...polibedenses**, de ubicación desconocida, aunque desde luego en el occidente salmantino. También a los primeros siglos de la Era hay que llevar un nutrido conjunto de estelas romanas, procedentes de la necrópolis altoimperial, y que hoy se encuentran aprovechadas en edificios más o menos modernos, como material de construcción, o convenientemente recogidas en el Aula Arqueológica.

El castro tuvo intensa vida en los siglos bajoimperiales, como lo demuestran numerosos hallazgos, tanto en el área urbana como en las zonas cementeriales, y sobre todo las reparaciones que se hacen en la muralla. No se olvide que desde finales del siglo III se produce una etapa de inseguridad que propicia la utilización de numerosos núcleos castreños.

Muralla y barrera de piedras hincadas en las inmediaciones de la puerta principal.

El inicio de la decadencia se produce en época visigoda, aunque no se abandonó, como algunas veces se ha pretendido, pues contamos con expresivos hallazgos de esta época, entre ellos los dos vasos cerámicos aparecidos en sendos enterramientos bajo el suelo de la ermita de Santiago, situada extramuros, o diversos fragmentos de pizarras con escritura cursiva visigoda, localizados durante las obras de limpieza del sector septentrional de la muralla.

Ante tales datos hay que pensar en una fecha posterior para la definitiva despoblación del castro. Es posible que ésta se produjese poco después del 1184, año en que Fernando II dona al Arzobispo de Santiago la villa de **Ecla**, y a consecuencia de una irrupción de los de Ledesma, de cuyo concejo se segregaba. Quizá a partir de esas fechas se produciría el traslado de los habitantes del castro al solar del pueblo actual, aunque nada en la localidad pueda remontarse a la Alta Edad Media.

Detalle del Aula Arqueológica

Aula Arqueológica

En el edificio de las antiguas escuelas, situado en la plaza de Yecla de Yeltes, se ha creado un " Aula Arqueológica" que alberga una muestra de objetos, dibujos y fotografías del castro. Presiden la instalación museográfica una maqueta del yacimiento y la reconstrucción hipotética de un enterramiento romano. Destacan por su interés dos cabezas humanas de granito, esculpidas para ser empotradas en un muro y que bien podrían relacionarse con las "cabezas cortadas" célticas; también conviene mencionar dos bloques del mismo material con grabados de équidos y un variado conjunto de estelas romanas. Completa la exposición diverso material cerámico, objetos de metal, etc., que se escalonan entre la segunda Edad del Hierro y la época altomedieval. Todo ello se presenta con un evidente sentido didáctico, haciendo que el espectador se acerque al pasado y comprenda las características y el devenir histórico de tan importante poblado castreño.

Vista aérea

EQUIPO TECNICO:
Texto: Ricardo Martín Valls
Fotografías: N. Benet, R. Martín, J. del Olmo, P. Pérez, S. Rodríguez

Imprime: Artes Gráficas JOMAN, S. A. - Salamanca

Castro de Yecla la Vieja

Yecla de Yeltes, Salamanca

Zona Arqueológica

Grabados rupestres.

Junta de Castilla y León

Situación y acceso.

El castro de **Yecla la Vieja** o del **Lugar Viejo** se encuentra situado en el sector occidental de la provincia de Salamanca, a unos dos kilómetros al sur del pueblo de Yecla de Yeltes, a cuyo término municipal pertenece. El acceso desde la capital es sencillo: se realiza a través de la carretera C-517, que conduce a Vitigudino; una vez allí, es necesario tomar la SA-321 y, a poco de pasar Yecla, ya se divisa en el horizonte la imponente muralla que protege el poblado, al que se llega por un camino de tierra que sale a la derecha.

Emplazamiento.

Como es habitual en este tipo de yacimientos, tiene un emplazamiento marcadamente defensivo, en una plataforma cortada entre peñascales, que dejan entre sí los arroyos Varlaña y Pozo del Ollero, al desembocar en el Huebra. La defensa se aseguraba, además, mediante obras artificiales de gran envergadura, sobre todo por el norte y poniente, pues el primero de los arroyos discurre a los pies de la fortaleza y profundamente encajado a oriente, sirviendo de extraordinario foso natural.

Arquitectura defensiva.

El castro se halla rodeado íntegramente por una gruesa muralla, que encierra una superficie más o menos triangular, de unas 5 ha., con la base hacia el norte, que es donde se abre la puerta principal, a la que conduce el actual camino de acceso, sucesor sin duda del antiguo.

La muralla se adapta perfectamente a la morfología del terreno, con un trazado sinuoso que facilitaba la estrategia de la defensa y a la vez daba estabilidad a la fortificación. La técnica constructiva en general es simple, a base de dos paramentos, interior y

exterior, de sillarejo de granito en seco muy bien ajustado, con un relleno de piedra suelta dispuesto en capas horizontales. Sólo en ciertas zonas, las más vulnerables, como la recayente a septentrión, se ha documentado la existencia de un paramento interno entre los dos mencionados, cuya función era la de impedir el desmoronamiento de la muralla, cuando a consecuencia de un ataque desaparecía el paramento exterior.

Como es fácil observar, la muralla se levanta sobre la roca natural, alcanzando en la base una anchura muy superior a la de su coronación, a causa del marcado talud. En todo caso, la potencia de la fortificación no es uniforme, pues si hacia el suroeste alcanza magnitudes por encima de los catorce metros, por el lado del Varlaña está en torno a los tres. La altura máxima conservada de la muralla del castro de Yecla apenas supera los tres metros y medio; sin embargo, es lógico suponer que fuese mayor, evaluándose en más de cuatro.

En el recinto se abren varias puertas. Tradicionalmente se han citado tres: la septentrional, sin duda la más importante y a la que ya se ha aludido; la meridional, que situada en el ángulo suroeste comunica el castro con el Huebra; y la oriental, destruida y enmascarada por las paredes de los cortinos modernos. Además, por ese último lado, se conocía un portillo, de gran interés porque permitía bajar a un manantial, conocidon el con el expresivo nombre de "Fuente del Moro". En la actualidad, tras una década de trabajos de limpieza y consolidación de la muralla, contamos con dos nuevas puertas, cuyo carácter secundario parece del todo evidente. La primera, situada a medio camino entre la septentrional y la meridional, ponía en comunicación el castro con la necrópolis tardorromana; a lo largo del tiempo ha sufrido numerosas modificaciones hasta que fue amortizada. La segunda, se localiza hacia el ángulo sureste y presenta gran interés no sólo por su perfecta integración en el lienzo de la muralla, hasta el punto de pasar desapercibida, sino también por poner en cuestión la propia existencia de la entrada oriental –en la

Zona septentrional de la muralla con paramento interno.

práctica destruída– hacia lo que apuntan las cimentaciones recientemente descubiertas.

Las puertas yeclenses, como es habitual en numerosos castros de la región, se formalizan mediante la abertura que dejan los dos lienzos de la muralla al incurvarse hacia el interior, describiendo una especie de embudo. Mención especial merece el dispositivo de la puerta principal, pues participa no sólo del esquema "en

Detalle de la entrada principal.

embudo", sino también del conocido como "en esviaje", ya que en un tramo los lienzos adoptan una disposición paralela hacia el este. Tales dispositivos no buscan otra cosa que poder batir al atacante con tiros cruzados.

En las zonas más vulnerables, es decir, en buena parte del flanco septentrional y singularmente en las inmediaciones de la gran entrada, la defensa se aseguraba también mediante barreras de piedras hincadas, cuya finalidad era dificultar el acercamiento del enemigo y sobre todo impedir los ataques de caballería por sorpresa. Ni que decir tiene que su potencia y densidad debió ser muy superior a la actualmente visible, sobre todo pensando que muchas de estas piedras habrán desaparecido a consecuencia de las faenas agrícolas.

Organización interior.

Al contrario de lo que sucede con las fortificaciones, que se conocen de manera aceptable, la organización interna del poblado permanece en la sombra, mientras no se realicen excavaciones sistemáticas. Sin embargo, puede adelantarse que prácticamente toda la superficie es útil para el caserío, lo que le confiere, a diferencia de otros castros que se hallan erizados de rocas graníticas, ciertas posibilidades urbanas. Intuímos también la existencia de dos calles longitudinales, un tanto enmascaradas por las cercas de los cortinos, y sabemos con certeza, a través de pequeños sondeos estratigráficos realizados, que las casas eran rectangulares con cimientos de mampuesto. Ningún edificio antiguo se conserva en pie, a no ser la ermita de la Virgen del Castillo, muy posterior al abandono del castro –de la época de los Reyes Católicos y en cuya fábrica se han aprovechado elementos romanos– que evoca la cristianización del lugar.

Grabados rupestres.

La manifestación arqueológica más llamativa del castro de Yecla es un numeroso conjunto de grabados que se localizan tanto en las rocas inmediatas al castro, como en otras situadas en su interior y en numerosos sillares de la muralla. La representación más abundante es el caballo, siempre muy esquemático y respondiendo a un tipo parecido, en el que se marca el contorno del animal mediante un trazo continuo que une incluso las extremidades dos a dos. También, aunque en menor número, existen otros cuadrúpedos, como asnos, jabalíes, gatos, algún toro, etc.

Escena de caza.

La figura humana, por el contrario, es muy escasa; sin embargo, contamos con una preciosa escena de caza, en la que unos jinetes, armados de lanzas, acosan a unos jabalíes. Completa el panorama una serie de motivos tales como laberintos, espirales, reticulados, cruces y cazoletas.

Con respecto al significado de estas singulares manifestaciones yeclenses, nada puede decirse con certeza. Lo que sí cabe afirmar es la relación de las mismas con el momento de esplendor de la vida del castro, a partir de los inicios de la segunda Edad del Hierro, como veremos. Su presencia, además, confiere al yacimiento una fuerte personalidad entre los castros de la región, y permite establecer paralelos culturales entre el occidente meseteño y el noroeste peninsular, tan rico en estas representaciones rupestres.